Con-Ciencia Social, n. 14 (2010), pp. 15-29

Una teoría de la acción para la educación

Antonio Molpeceres
Fedicaria-Salamanca

Prefacio

Este artículo surge a raíz de una de las ponencias presentadas en el XIII Encuentro de Fedicaria celebrado en Madrid durante el mes de julio del 2010 bajo el título "Teoría, práctica e interpretación de la acción docente". La ponencia llevaba por título "Una teoría de la acción. Teoría de la acción en Pierre Bourdieu. Interpretación y crítica", y recibió diferentes críticas, pero aquí no se encontrará una respuesta a ellas[1]. Recogeré su tesis central con algunas matizaciones.

Se trata de una introducción a la teoría de la acción de Bourdieu. Las pretensiones de este artículo no van más allá de que esa teoría pase a formar parte de esos saberes metadisciplinares necesarios para todos aquellos que quieren comprender su entorno laboral y social. Quienes, ante la lectura de este artículo, se animen a aplicar o someter a prueba la teoría deberán profundizar en las obras de Bourdieu que se citan en la bibliografía.

Por lo dicho, creo que está claro que este artículo no es un estudio sobre Bourdieu. Es previsible que al establecer el binomio Bourdieu-educación muchos se remitan a su obra *La Reproducción*, de la que *emana* una explicación funcionalista del sistema educativo. Bourdieu nunca abjuró de la tesis sostenida en *La Reproducción* según la cual el sistema educativo no da lo que promete porque su principal función social, en contra de lo que proclama, es la reproducción y legitimación del sistema social imperante y no la transmisión de saberes. Pero la teoría que se va a exponer es la teoría de "campos" que Bourdieu desarrolla en el resto de la bibliografía que se cita y aplica a temas educativos en *Homo Academicus* y *La noblesse d'État: Grandes écoles et esprit de corp*. Esta teoría se aleja del patrón de explicación funcionalista. Volveremos sobre tan importante cuestión.

Una teoría en la encrucijada del conocimiento

Desarrollamos nuestra actividad diaria en un estado de consciencia cuya metáfora es la del vuelo con piloto automático. Las rutinas se encadenan unas con otras hasta que el sistema de alerta nos avisa de puntos críticos o anomalías no programadas haciendo que retomemos el control. Nuestro entorno físico y social nos resulta tan previsible que el relato de la vida de un día normal se puede completar en muy pocas líneas. Los polos de los estados de consciencia son claramente discernibles: desde el estado inconsciente e involuntario del mantenimiento de nuestras constantes vitales, hasta la plena consciencia con la que voluntariamente tomamos decisiones prudentes o arriesgadas. Pero la línea que une ambos polos no tiene una divisoria que permita separar dónde acaba y dónde empieza tanto lo consciente como lo voluntario, porque, probablemente, no se trata de una línea de separación, sino de una zona donde se mezclan los estados. La teoría que se expondrá abarca tanto los polos como la línea que los une.

La acción está tejida con mimbres muy diversos: deseos, emociones, motivos, metas, conocimientos, intuiciones, percepciones, normas, valores… Para poner un poco de orden atribuiré a la acción una triple dimensión. Con ello quiero indicar que, siendo la acción única, se la puede enfocar desde

[1] Espero que cuando este artículo vea la luz, la ponencia, sus críticas, respuestas y debate generado pueda verse en http://www.fedicaria.org

tres puntos de vista distintos de forma que los juicios que se emitan sobre ella obedecerán a principios racionales distintos. A estas dimensiones les asignaré los nombres de dimensión estética, científica y ética.

Desde la dimensión estética lo que se aprecia en primer plano son los deseos, los sentimientos, motivos, anhelos… La racionalidad que rige los juicios emitidos desde este punto de vista no admite más árbitro que el propio emisor del juicio. Esta racionalidad busca la coherencia interna entre los sistemas de clasificación, jerarquización, producción, valoración… de esos deseos y sentimientos, pero quien decide si se ha logrado esa coherencia es el propio sujeto. Las teorías estéticas sólo pueden proporcionar inspiración, información, consejos… La racionalidad del qué-quiero-hacer es subjetiva. Y en la acción, sobre todo si es voluntaria, esta facultad de desear, tan reiteradamente aludida por Kant en su *Crítica de la razón práctica*, es la que desencadena todo el curso de la acción. En esta dimensión no puede haber normatividad. El ser libre, el ser emancipado es aquel que es dueño de sus deseos y anhelos, de sus sueños y esperanzas. La dominación es la intrusión violenta, ya sea de forma física o simbólica, en este espacio reservado al sujeto. Sólo al arte le es lícito poner en resonancia el mundo emocional de sujetos distintos. Aquí rige el principio de sinceridad: no engañar a los demás y, sobre todo, no engañarse a sí mismo.

Desde la dimensión científica estaremos en condiciones de describir el transcurso de la acción, de valorar la adecuación de fines, medios y procedimientos, de predecir, de anticipar el resultado. En primer plano estarán los conocimientos sobre la realidad. La racionalidad que gobierna este punto de vista toma como árbitro de las controversias a la realidad, a la correspondencia entre la creencia en lo que se toma como verdadero y lo observado en la realidad. Es el reino de lo verdadero y lo falso, a sabiendas de que no hay verdad absoluta, salvo los hechos del pasado[2]. Aquí sí se abre un espacio a la normatividad. No son normas absolutas, sino condicionales: si se pretende conseguir la meta X, los recursos necesarios y el procedimiento a seguir, con arreglo al conocimiento disponible, serán los incluidos en el plan K. Los aciertos refuerzan nuestra confianza[3] en esos conocimientos. Mientras se acierte, atribuiremos a esos conocimientos el valor de verdaderos, provisionalmente verdaderos.

Desde la dimensión ética de la acción estaremos en condiciones de juzgar los fines perseguidos en la acción así como los efectos realmente causados en nuestro entorno natural y social. Es ese entorno el que se presenta en primer plano con su urdimbre de reglas y normas construida alrededor de unos valores que el propio entorno segrega. La racionalidad ética tiene como árbitro a la sociedad. Es el espacio específico de la normatividad. Cada sujeto puede tener y defender públicamente el sistema de normas y jerarquía de valores que le dicte su recto entender, sus *máximas* en expresión kantiana. Pero a nadie le es lícito imponer sus propias *máximas* al grupo. La universalización[4] de una *máxima* sólo es legítima cuando es sancionada socialmente por procedimientos democráticos.

El precio a pagar por la irracionalidad estética es la insatisfacción personal, el fracaso por la irracionalidad científica y la repulsa social por la irracionalidad ética.

Una teoría completa de la acción, una teoría que toma a la acción como objeto de estudio, debería contemplar estas tres dimensiones. Así podría integrar:

---

[2] Hechos que son contingentes, que fueron así, pero pudieron ser de otra forma. Hay quien discute si esta verdad absoluta de los hechos es sostenible lógicamente, pues la aprehensión de esos hechos presupone teorías que estarán perpetuamente sometidas a su contraste con la realidad.

[3] Confianza y no certeza. Ésta se reserva al ámbito de los conocimientos formales, analíticos en expresión kantiana, como los matemáticos.

[4] Universalización dentro del grupo social que la ha gestado.

– la mirada estética del último Foucault del *Uso de los placeres* y *El cuidado de uno mismo* con su propuesta de concebir la vida como una obra de arte instaurando una «estética de la existencia»;

– la mirada ética del Habermas de *La teoría de la acción comunicativa*, una teoría que postula una acción basada en la responsabilidad –lo que implica libertad–, en la simetría de las relaciones, en la sinceridad de los interlocutores, en el triunfo racional del mejor argumento, en el consenso democrático;

– la mirada científica del Bourdieu con su teoría de campos expuesta en el epígrafe siguiente.

Pero las limitaciones del autor y la extensión asignada a este artículo no dan para tanto.

Así pues, a partir de ahora me centraré en esta mirada científica de la acción. La teoría que se va a exponer toma como base la teoría de campos de Bourdieu, para la que éste ha reclamado con justicia el estatus de teoría científica. Bourdieu irrumpe en la controversia sobre el estatus científico de las Ciencias Sociales (CCSS) afirmando sin ambigüedades que éstas son ciencias como las demás ciencias. Tal afirmación supone para Bourdieu que las CCSS tienen que tener una capacidad para describir la realidad social superior a las teorías de sentido común, así como que han de ser capaces de hacer predicciones[5] con éxito superior a esas teorías. Bourdieu no es tan meridianamente claro como Aróstegui (2001) para asumir que las CCSS son ciencias como las demás porque, además, comparten el mismo método científico. Método en singular. Cuando hablamos de métodos, cada rama de la ciencia tiene los suyos propios. Pero cuando hablamos del "método científico" se trata del que comparten todas las ciencias, cuya formulación más antigua es la del *método-de-ensayo-y-error*, o una formulación más actual como el *método-hipotético-deductivo*. Hay un error muy frecuente entre los irracionalistas posmodernos que consiste en atribuir a este método potestad normativa de cómo hacer investigación y construir teorías científicas. Error. El método científico permite que cada cual investigue como le plazca y formule sus teorías utilizando los procedimientos creativos que estime pertinentes. Lo que el método prescribe es la forma de argumentar y presentar sus resultados a la comunidad científica: éstos han de poder ser sometidos a prueba, es decir, se ha de proporcionar a la comunidad científica los instrumentos e información necesaria para replicar los resultados obtenidos que han de concordar con las hipótesis propuestas[6]. La confianza que depositamos racionalmente en las teorías científicas procede del procedimiento por el que tales teorías han sido instituidas, que nada tiene que ver con la confianza en los científicos que las proponen.

Evidentemente, las CCSS tienen peculiaridades propias como sus objetos de estudio, métodos específicos y sobre todo, sus leyes de causalidad. Los objetos de las CCSS, en cuanto objetos físicos, están sometidos a las mismas leyes de causalidad necesaria que los objetos de las Ciencias Naturales (CCNN), pero en cuanto a objetos que están dotados de voluntad, es decir, en cuanto a sujetos, hemos de añadir la libertad como ley causal en plano de igualdad con la causalidad natural. Los objetos sociales no sólo están gobernados por causas, sino también por fines determinados y modificados por la voluntad. Los robots de las CCNN también están gobernados por fines, pero, a diferencia de los sujetos de las CCSS, estos fines vienen impuestos desde fuera. Los sujetos de las CCSS pueden establecer sus propios fines. Y esto sí es una diferencia sustancial que tiene dos importantes repercusiones:

– Ninguna teoría de las CCSS puede ser una teoría determinista. La libertad ha de ser tratada siempre como una variable alea-

---

5 La capacidad de predicción no ha de confundirse con profecías o vaticinios, sino la capacidad de reducir el ámbito de incertidumbre en el que hemos de tomar nuestras decisiones o realizar nuestros pronósticos.

6 Bourdieu no exige para las CCSS la replicabilidad, sino la reflexividad, que consiste en que los argumentos han de ser expuestos de forma tal que cualquier científico pueda recorrer la argumentación y encontrar errores, fallas o bifurcaciones en la interpretación de los hechos y teorías que los relacionan.

toria. Lo cual no es un grave problema porque lo que la Ciencia pretende es reducir la indeterminación, no eliminarla.

– Las leyes, normas, reglas… sociales describen regularidades que pueden ser verdaderas o falsas con arreglo a las causas y fines de un determinado momento histórico, pero no necesariamente verdaderas o falsas permanentemente. Esto sí es una peculiaridad de relevancia epistemológica, pues obliga a revisar la versión falsacionista de Popper (1991) del método hipotético-deductivo. En efecto, el falsacionismo establece que no existe prueba alguna que permita que una teoría pueda ser declarada verdadera a perpetuidad, pero sí admite pruebas que puedan declararla falsa para siempre, siempre que se mantengan las hipótesis, todas las hipótesis explícitas o implícitas, así como las condiciones iniciales. En el caso de las CCNN bien puede ser así pues las relaciones de causalidad que gobiernan a sus objetos y en las que se asientan sus teorías son necesarias y permanentes. Pero en el caso de las CCSS esto no funciona, pues las condiciones iniciales de manera general no se pueden repetir ya que las relaciones de finalidad que cogobiernan a sus sujetos son contingentes y temporales al estar mediadas por el conocimiento disponible en cada momento, conocimiento que está en permanente cambio evolutivo. Así pues, la atribución de verdad o falsedad a una teoría de las CCSS depende de su momento histórico, a diferencia de las CCNN en las que sólo es histórica la atribución de verdad.

Estas dificultades epistemológicas de las CCSS han lastrado históricamente el proceso acumulativo de sus conocimientos lo que incide negativamente en la autonomía del campo científico de las CCSS. Pero este concepto de autonomía del campo científico, en el que están implicadas cuestiones tan importantes como la neutralidad o ambivalencia de la ciencia, ciencia situada… será analizado mejor a la luz de la teoría de la acción que paso a exponer.

Teoría de la acción en Pierre Bourdieu

Bourdieu teje su teoría sin preocuparse demasiado de los formalismos de hacer definiciones precisas y teoremas diferenciados. Al hilo de su relato van apareciendo sus conceptos que en buena medida funcionan por parejas, como capital simbólico/*illusio;* campo/*habitus,* posición/tomas de posición, legitimidad/violencia simbólica... Su terminología es deudora de campos como los de economía, física, geometría,…

En su exposición ensambla así sus conceptos.

Capital simbólico, **illusio**, *campo*

Unos agentes, individuales o colectivos, dotados de unos esquemas peculiares de percepción y apreciación, son capaces de percibir y apreciar como valiosos ciertos entes materiales o abstractos. Cada uno de estos entes valiosos es una especie de capital y su conjunto constituye el capital simbólico. La facultad de percibirlos como apetecibles es la *illusio*. Estos agentes constituyen un campo en torno a ese capital. Cuál sea exactamente el capital simbólico que circula por cada campo, así como sus diferentes especies, es algo que se ha de establecer empíricamente. Existen múltiples campos no excluyentes entre sí. Un mismo agente puede pertenecer a varios campos.

Espacio social

Hay un campo singular que incluye a todos los demás campos. Se trata de lo que Bourdieu llama el "espacio social". El capital del espacio social está formado por el capital económico (dinero, posesiones…), el cultural (conocimientos, títulos académicos…) y el social (amistades, familia, empleados…). Cuando se hable de campos más específicos en su capital simbólico se integran siempre estas tres especies de capital[7]. El campo se autoorganiza, carece de sentido, de intenciones.

[7] Si hablamos del campo de los profesores universitarios, el capital cultural se puede descomponer en tres especies de capital: capital científico (investigaciones, publicaciones…), capital pedagógico (maestros, discípulos, métodos de aula…) y capital burocrático (tribunales, cargos…).

Fuerzas y luchas

El capital simbólico está desigualmente distribuido entre los agentes; esto genera unas fuerzas desiguales que dotan a cada agente de diferentes posibilidades de inversión, así como tensiones, al pretender cada agente incrementar su capital, lo que deviene en luchas entre agentes. El nombre de campo y de fuerza es un préstamo de la Física: los campos son concebidos a modo de campos eléctricos con sus cargas y las fuerzas que se generan. El capital de cada agente es el análogo a la carga eléctrica. La modificación del valor de una carga o de su posición repercute en todas las fuerzas del campo. Lo importante para la evolución del campo no es la fuerza entre dos cargas (analogía de la interacción entre agentes), sino la resultante del campo, de todas las fuerzas, sobre cada una de las cargas.

Estructura del capital

El capital simbólico de un agente tiene una estructura formada por los pesos con que cada especie contribuye al capital simbólico total. Pese a que los capitales que integran el capital simbólico se pueden transformar parcialmente unos en otros (se puede invertir capital económico para aumentar el capital cultural), no son reducibles íntegramente, no puede subsumirse unos en otros (hay prestigios que no se pueden comprar con todo el oro del mundo).

Economía y prácticas

Cómo se aumenta o pierde el capital, cómo se transforman unas especies en otras es la economía del campo. El ejercicio de esta economía genera las prácticas del campo. Estas prácticas son las acciones de los agentes, pero, como frecuentemente carecen de intención consciente, es preferible llamarlas prácticas. Las prácticas están regidas por disposiciones, mientras que las acciones, por tradición, se las ha asociado a las intenciones. Las disposiciones son una cierta propensión, una inclinación a actuar de una manera predeterminada. Las disposiciones pueden ser tanto conscientes como inconscientes, pero la libertad está siempre condicionada. Bourdieu no excluye la acción consciente y voluntaria, pero no atribuye relevancia a este tipo de práctica al considerar que para el campo lo importante es el resultado de las prácticas y no sus intenciones.

Estructura del campo. Posiciones y tomas de posición

Estos diversos capitales, interpretados como coordenadas geométricas (Figura 1), dan la posición del agente en el campo. De ahí el nombre de "espacio social".

Los que tienen mucho capital ocupan posiciones dominantes, en contraposición a los dominados. Dominante y dominado son términos usados descriptivamente, no valorativamente. A esas posiciones se puede llegar bien por un reparto injusto, o bien en virtud de las distintas inversiones que cada agente realiza en función de sus intereses, de sus deseos, que no tienen por qué ser iguales. Como cada agente ocupa una posición distinta (está dotado de capital distinto) jugará sus bazas para aumentar su capital de forma distinta. Debido a su posición objetiva en el campo, los dominantes tendrán mayor fuerza, mayor capacidad inversora. Según la

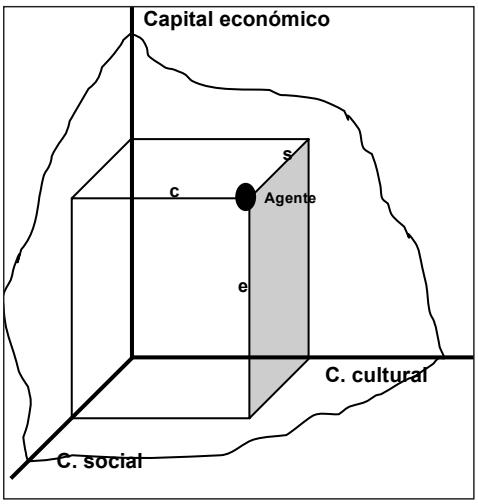

Figura 1: Capitales integrantes del "espacio social", según Bourdieu. Fuente: Elaboración propia.

percepción subjetiva de cada agente de sentirse dominante o dominado, dominantes y dominados adoptarán tomas de posición distintas en las prácticas del campo. Las tomas de posición orientan las estrategias de las prácticas: los dominantes adoptarán generalmente, no necesariamente, estrategias conservadoras del capital, mientras que los dominados estarán inclinados a adoptar estrategias revolucionarias pretendiendo subvertir la distribución del capital.

Los capitales de cada agente, con su estructura interna, así como sus posiciones conforman la estructura del campo.

Habitus

Como los agentes tienen memoria, tienen historia y los resultados de estos juegos, de estas luchas por incrementar su capital se irán memorizando, dando lugar a distintas disposiciones que, a modo de teorías conscientes o infraconscientes, les guiarán en sus luchas posteriores. Estas disposiciones son esquemas de percepción, de apreciación, de cognición, de acción, de valoración. Este conjunto de disposiciones de cada agente es su *habitus*, es el sentido común, la capacidad de orientarse en las luchas del campo sin necesidad de ningún cálculo consciente. El buen jugador estará en el sitio justo y en el momento oportuno sin necesidad de premeditación o cálculo alguno. El *habitus*, por tanto, está modelado por la posición actual, las posiciones previas (la trayectoria del agente) y las luchas dentro del campo. Pero el *habitus* no es una copia del campo. El campo estructura el *habitus* dotándole de una estructura homóloga, es decir, por cada problema, por cada lucha presente en el campo habrá una representación en el *habitus* con su peculiar forma de afrontarla, que no tiene por qué coincidir con las prescripciones del campo. El *habitus* actúa a modo de código genético del campo y, como tal, garantiza la conservación y reproducción, así como fuente potencial de transformaciones, de mutaciones.

El *habitus* es una estructura estructurada por el campo. Pero el agente al actuar modifica su posición, cambia de capital, y eso modifica la estructura del campo. Por tanto, el *habitus* estructura a su vez al campo. *Habitus* y campo son estructuras estructuradas y estructurantes. Esta forma tan natural de generación del *habitus* hace que las prácticas asociadas a él sean percibidas como necesarias, como de sentido común. Esto, que de ordinario es una gran ventaja de adaptación al campo, puede ser también fuente de problemas. En efecto, el *habitus* sufre un fenómeno de histéresis, de tendencia a conservar sus propiedades del pasado, pese a que el campo que le gestó haya cambiado por procesos internos o externos, éstos, poco previsibles. El *habitus* está adaptado al campo que lo gestó, pero no al campo modificado, al actual. Ello explica la resistencia a los cambios, a todo tipo de reformas.

Autonomía y derecho de admisión

Sólo los que están poseídos por la *illusio* y han pagado los derechos de admisión actúan dentro del campo. Estos derechos de admisión pueden ser económicos, pero también títulos académicos, nobiliarios, un precio social (ser presentado por…), sumisión a normas... Pero los que están fuera pueden estar interesados en los productos del campo. A un empresario le puede traer al pairo qué sea eso de la biología molecular, pero puede estar muy interesado por los productos tecnológicos que emanan de ese campo, lo que le incite a influir ofreciendo patrocinio a determinadas investigaciones, pero imponiendo condiciones con vistas a mejorar su posición en su campo económico. Se generan así presiones exteriores. Las prácticas de un agente estarán regidas por la resultante de las fuerzas que actúan sobre su posición. Esta resultante es la suma de las fuerzas y tensiones (internas del campo) con las presiones externas[8] (suma vectorial, es decir, no han de considerarse sólo sus

[8] No se tenga en cuenta la incoherencia de sumar magnitudes de distintas dimensiones. Se trata de un lenguaje metafórico.

cantidades –módulos–, sino también sus direcciones y sentidos). Las posibilidades de inversión de un agente quedan influidas por estas presiones. La autonomía del campo es la independencia que el campo consigue respecto de esas presiones externas. La autonomía persigue que las normas del campo sean las que el campo genera, no las que vienen impuestas desde fuera[9]. La autonomía es fundamental para la conservación del campo. Sin autonomía no hay campo que merezca la pena. La forma de aumentar la autonomía es aumentar el capital total del campo. Cuanto mayor sea este sumando menos importancia relativa tendrán las presiones exteriores. La autonomía se conquista a lo largo de un proceso histórico de acumulación de capital. Un ejemplo de la importancia de la autonomía es la diferencia entre el campo de las CCNN y de las CCSS. Las CCNN han conquistado una autonomía frente al poder religioso y político de tal entidad que nadie le disputa el monopolio de la verdad científica dentro de su campo[10]. Muy distinto es lo que ocurre con las CCSS. Su grado de autonomía es mucho menor, no sólo por las dificultades epistemológicas ya señaladas, sino, y principalmente, porque sus objetos de estudio tocan tan de lleno y tan de cerca los núcleos del poder, de todos los poderes, que las presiones externas superan con frecuencia a la suma de todas las fuerzas internas. Bourdieu (2003) señala que el objeto de las CCSS es: "demasiado importante (interesa a todo el mundo, y en especial a los poderosos), demasiado acuciante, para dejarlo moverse a sus anchas, abandonarlo a su propia ley…". Esta escasa autonomía incide en unos bajos derechos de admisión: todo el mundo se cree con derecho a emitir juicios y, además, las propias CCSS se ven ineludiblemente implicadas, como juez y parte, en las luchas que ellas tratan de estudiar. Las tres dimensiones que atribuíamos a la acción, en el caso de las CCSS, están tan imbricadas que forman una maraña inextricable.

Violencia simbólica y legitimación

Quienes más contribuyen al capital simbólico del campo son los dominantes, los que más capital tienen. Su alto capital protege la autonomía. El conocimiento de este hecho produce el reconocimiento del campo, otorgándoles, infraconscientemente, el privilegio de imponer las normas del campo, de regular su economía. Este privilegio no tiene por qué ser un acatamiento impuesto, ni ninguna sumisión expresa. Es algo objetivo y simple que se desprende del conocimiento de que las prácticas exitosas de los dominantes les han llevado a acumular un gran capital y que ese capital incrementa la autonomía del campo. Es la ley social de que el éxito genera normas, pautas de conducta a imitar. En consecuencia, las reglas y directrices que emanan de esas prácticas pasan a ser reglas y directrices del campo. Este privilegio puede ser legítimo cuando para su imposición utiliza como única fuerza "la fuerza del mejor argumento" en expresión habermasiana. Los dominantes ven reconocida así la legitimidad de sus posiciones.

Los dominantes regulan las normas del campo, es su privilegio. Pero, para que éste no sea considerado como tal, han de ser especialmente cuidadosos presentando las normas bajo el manto de la legitimidad, es decir las normas deben parecer universales (universales dentro del campo, para todos igual, todos bajo el imperio de la ley) y libremente aceptadas (sin coacciones, por el bien del campo, sin violencia, la democracia como método de toma de decisiones). Bajo la legitimidad están las normas de los dominantes, las prácticas que les han llevado al éxito, sus intereses de forma deliberada o inconsciente. Las luchas del campo están regidas por la arbitrariedad (violencia) de los dominantes cubierta bajo el manto de la legitimidad (usando la fuerza simbólica del capital, no la fuerza física). Ha hecho presencia la violencia simbólica.

---

[9] La autonomía de un grupo social es una ley social universal porque está implícita en la definición de grupo: un grupo no tiene sentido si no tiene algún tipo de autonomía que le diferencie del resto del conjunto.

[10] Otra cosa muy distinta es su autonomía económica.

La violencia simbólica es ambivalente: por un lado oculta los privilegios de los dominantes, pero utiliza el manto de la legitimidad, es decir de la universalidad y la libertad. Es, por tanto, el arma de los dominantes para legitimar sus posiciones con las normas que ellos generan debido al éxito de sus prácticas. Es el arma de los dominados para sacudirse situaciones de dominación reclamando legitimidad auténtica: normas realmente universales, eliminando las desigualdades de origen, la asimetría de las relaciones de poder, no aceptando más fuerza que "la fuerza del mejor argumento", y normas realmente libres, con alternativas reales para quienes rechazan las normas establecidas. Todo acto de violencia simbólica es un acto de legitimación. Los dominados tienen pocas opciones, y con frecuencia sus pretensiones no van más allá de dar la vuelta a la tortilla, no de instituir un poder realmente legítimo. La estabilidad del campo está asegurada.

Ciencia situada

Hasta aquí la teoría de Bourdieu ha pretendido mantenerse en lo descriptivo, en proporcionar un instrumento para analizar la realidad social con más profundidad que lo que aporta el sentido común. Pero, llegado a este punto, el científico se encuentra ante el dilema de qué teorías desarrollar: teorías que aporten argumentos e instrumentos para la conservación del campo en pro de los dominantes, o teorías en pro de la transformación del campo, de su emancipación. Como ya se señalaba, las CCSS han de optar ineludiblemente, siempre construirán teorías situadas a favor de unos o de otros. La teoría de Bourdieu es una teoría situada que nos ha llevado a esta encrucijada. Y a partir de aquí Bourdieu se sitúa y toma partido por los dominados, no tanto para subvertir las posiciones del campo como para trasformar los campos de forma que reine la legitimidad. Pero esto ya tiene un interés que se aleja de las pretensiones de este artículo, pues habría que adentrarse en sus luchas y en los campos que él investiga empíricamente.

El espacio de las posibilidades

Para terminar con la exposición de la teoría aún falta un punto esencial. La teoría de campos pretende no sólo describir, sino también hacer predicciones. Todo el análisis anterior conduce a delimitar el tipo de predicciones de que es capaz la teoría.

La evolución de la realidad, del campo, ha de partir de lo dado, del pasado ya inamovible, encarnado en un presente que se proyecta hacia el futuro. Las posiciones actuales del campo, las tomas de posición, las trayectorias de los agentes, la economía del campo y sus prácticas determinan que el futuro no sea puro azar, la distribución de probabilidades no es uniforme. Vivimos en un mundo bastante previsible. Hay estados del campo permitidos y prohibidos, esperables e improbables. El espacio de posibilidades está delimitado por una línea que separa lo posible de lo imposible y por un sombreado que matiza lo esperable de lo improbable. A todo lo que aspira la teoría es a predecir ese espacio de posibilidades de cada campo y, en ciertos casos, asignar una probabilidad a cada una de las posibilidades. El futuro puede ser anticipado por nuestras teorías. Descubrir en el presente cómo se manifiestan los juegos de poder del pasado insertados en los genes socializados del *habitus*, la genealogía del presente, es parte inexcusable para establecer el espacio de posibilidades del presente y, sobre él, desplegar la imaginación del deseo para construir el futuro. Para ello, la mirada crítica de nuestra sociedad es el primer paso a dar.

Crítica a la teoría de Pierre Bourdieu. Teoría de la acción planificada

La teoría de Pierre Bourdieu nos proporciona algo más que instrumentos para dirigir esa mirada crítica, nos sitúa ante el poder. No sólo el poder político o económico, sino ante todo ese poder difuso que anida en todos los campos. Y, haciendo una incursión en la dimensión ética-política de la acción, nos exhorta a valernos de la potencialidad

ambivalente de la violencia simbólica para oponernos a que las posiciones dominantes del campo se conviertan en dominación de los dominados, en la colonización de sus deseos. Exhorta a retorcer esta violencia simbólica contra los que ejercen la dominación. Es, por tanto, una teoría valiosa aplicable a casi todos los problemas que interesan a quienes se preocupan por la emancipación humana. Evidentemente no es la única. Es una teoría coherente capaz de integrar otras teorías.

Evidentemente hay entes sociales que no pueden ser analizados en términos de campo/*habitus*, pero buena parte de ellos son fácilmente integrables en su teoría como coerciones, como presiones externas que han de tenerse en cuenta a la hora de evaluar la resultante en cada posición en el campo. En esos entes anidan campos que son los últimos responsables de las acciones de los agentes.

Pero, a mi juicio, esta teoría es incompleta en sus incursiones en el terreno normativo ético y científico. Esta doble carencia creo que se saldaría añadiendo el instrumento que se describe en mi propuesta de teoría de la acción planificada.

Dificultades éticas y epistemológicas de la Teoría de campos de Bourdieu

Al posicionarse éticamente en pro de los desheredados, que evidentemente ocupan posiciones dominadas (la recíproca no es cierta[11]), Bourdieu señala que el camino para reducir la dominación es la exigencia de legitimidad, pero deja sin desarrollar el instrumento para llevar a buen término esa exigencia. Veamos el problema. Supongamos que unos agentes han llegado a ser conscientes de que ocupan posiciones dominadas en el campo susceptibles de sufrir los efectos de la dominación. Si quieren salir de esa posición de dominados, habrán de hacer una apelación a la legitimidad violada por la violencia simbólica. Pero la acción liberadora no puede ser guiada por el *habitus,* porque el *habitus*, el sentido común, está estructurado por campos regidos por las normas de los dominantes, por lo que sus recetas les llevarán a reproducir su posición dominada. No es suficiente reconocer la situación de dominación, se necesita un plan de acción que coaccione al *habitus*, una mutación del *habitus*. ¿Cómo lograrlo?

En el plano explicativo, epistemológico-científico, las insuficiencias se manifiestan al explicar los cambios en el campo. J. Aróstegui (2001) exige a las CCSS que sean capaces de explicar tanto las continuidades como los cambios de los objetos sociales que estudian. Acertadamente, señala que no se ha de confundir cambio con movimiento. "Hay un movimiento recurrente y otro transformador". El movimiento recurrente es el de la vida ordinaria, el movimiento repetitivo que contribuye al mantenimiento y consolidación de las estructuras, un movimiento "estacionario". Es el movimiento de las continuidades, de la duración. El movimiento transformador es el del cambio social, el de los cambios de estado en el que se crean y destruyen elementos estructurales. La periodización que hace R. Cuesta (2005) de la historia del sistema educativo es un ejemplo de estos estados y sus cambios. Propone, acertadamente, que el sistema educativo moderno ha basculado entre dos estados que él llama *modos de educación*: *modo tradicional-elitista* (desde sus inicios a mediados del siglo XIX hasta la década de los 60 del siglo XX) y el *modo tecnocrático de masas* (desde 1970 hasta nuestros días). El cambio entre estos modos implica cambios estructurales y funcionales. Evidentemente, dentro de cada modo hay movimientos de tipo táctico y estratégico que no llegan a tocar las estructuras ni las funciones. La teoría de campos de Bourdieu explica muy bien esas continuidades dentro de cada modo. Donde se ve en dificultades es en la explicación de esa época de *transición rápida* de la época de los 60 en que se pasa de un modo de educación a otro. La explicación funcionalista

[11] No hay espacio para explicar las relaciones y diferencias entre posiciones dominantes, dominantes, dominación y poder, así como sus opuestas.

del Bourdieu de *La Reproducción*, que atribuye las causas del cambio al cambio de las funciones del sistema educativo (concebido el sistema educativo como reproductor del sistema social imperante) –y que es asumida por buena parte de pensamiento crítico de la educación-, tiene serías fallas lógicas como señala E. Martín Criado (2004). Si la función es la causa del cambio, la pregunta por el cambio se traslada a qué es lo que hace cambiar la función. El rechazo de una explicación teleológica de este cambio ya sea el destino, dios o una acción humana intencional, nos deja como explicación el puro azar o nos conduce a un circulo vicioso o un regreso al infinito: si la causa del cambio de la función es el cambio del sistema externo al cual sirve de función ¿qué es lo que causa el cambio del sistema externo?, etc., etc. ¿Qué es lo externo a la sociedad humana? El Bourdieu de *La noblesse d'État*, que utiliza a fondo los recursos de su teoría de campos, se ve obligado, sin renunciar a la función reproductora del sistema educativo, a admitir las estrategias intencionales de la nobleza de estado como detonantes de un cambio que es consolidado o no según su éxito funcional. La función deja de ser causa para pasar a ser efecto estabilizador de las mutaciones del *habitus*. Se entronca así con el funcionalismo biológico que no tiene fisuras lógicas: la naturaleza carece de intenciones, de un destino que guíe sus pasos. Ensaya todo lo que el azar le propone en las mutaciones de su código genético. Es la selección de quienes son capaces de reproducirse antes de morir la que explica la perpetuación de los efectos de esas mutaciones que devienen en una función exitosa para los supervivientes. La función es efecto, no causa.

Teoría de la acción planificada

Si queremos restablecer la lógica y descartamos los dioses, vientos de la historia, manos invisibles y demás quimeras, sólo nos queda el azar y la acción intencional. El azar no hay que descartarlo, pero es incontrolable. Hay que delimitar su papel en el espacio de las posibilidades. Las dificultades se resuelven otorgando importancia causal a la acción intencional consciente. Bourdieu incluye tales acciones entre las disposiciones del *habitus,* pero no atribuye ningún papel relevante a la intencionalidad –lo relevante es el éxito–.

Las disposiciones preexisten a la práctica produciendo ese efecto de histéresis ya señalado, por lo que aplican recetas del pasado. Para explicar el cambio lo que necesitamos es algo nuevo, un acto creador. La acción planificada es ese acto creador. La acción planificada no preexiste a la acción, se crea con la acción. La planificación es parte de la misma acción ¿En qué consiste una acción de este tipo?

La teoría de la acción planificada tiene sus antecedentes inmediatos en la teoría de la acción racional, *Homo œconomicus*, criticada por Bourdieu tanto en su dimensión científica como ética, crítica que comparto. Sus postulados básicos arrancan de J. Stuart Mill, que allá por 1843 atribuía al hombre: a) la tendencia a preferir una ganancia grande a una más pequeña; b) la propensión a buscar la máxima cantidad de riqueza con un mínimo de trabajo y abnegación. Actualmente se puede formular así:

En cualquier situación el individuo está dotado de:

1. Un sistema de preferencias y restricciones que le permite jerarquizar sus fines.

2. Un sistema de teorías y datos sobre la realidad mediante el cual puede anticipar el resultado de cada una de las acciones posibles.

3. Un principio regulador, sea un cálculo matemático o no, que le permite asegurar que la acción elegida es la óptima de acuerdo con sus fines desde el punto de vista de un egoísmo primario.

4. Un sistema de evaluación capaz de valorar si se ha satisfecho su sistema de preferencias una vez que la acción se ha ejecutado.

La crítica de Bourdieu a la dimensión científica de esta teoría de la acción racional se centra en su escaso valor descriptivo. Tomar como sujeto de la acción a un calculador que busca permanentemente optimizar conscientemente su beneficio económico es reducir la aplicación de la teoría al reducido número de campos en los que habitan tales

sujetos. El común de los mortales no se rige por esos principios, aunque reconoce que las prácticas de más éxito caen del lado de quienes aplican tales principios. Por otra parte, cae en el determinismo al garantizar que se ha elegido la mejor opción.

La mayor crítica se centra en la dimensión ética. Tachar de irracional toda acción que no se rija por estos principios es un ejercicio de violencia simbólica que legitima, bajo el manto de la ciencia, las posiciones dominantes de quienes sí han incorporado a su *habitus* los principios de la teoría. Pero el acceso a la ciencia no es universal ya que está basado en condiciones económico-culturales privilegiadas. Por tanto, se trata de una teoría situada en pro de los dominantes.

La propuesta que hago es integrar esta teoría dentro de la teoría de campos de Pierre Bourdieu pero con las modificaciones pertinentes para que a partir de ella pueda cumplir una función emancipadora.

Esta teoría, que llamaré "teoría de la acción planificada", no puede perder las virtudes de las que procede: su capacidad para describir ciertas prácticas (las del egoísmo económico) y convertirlas en exitosas. La teoría debe contener, como caso particular, la teoría de acción racional. Evidentemente, así no se puede evitar la ambivalencia que todo conocimiento comporta, pero se eliminará su unilateralidad: el uso ético del conocimiento estará siempre en la ética de quien lo utilice. La tarea, por tanto, es desvelar la violencia simbólica que esconden esos principios y liberarlos de ella.

Propongo estas modificaciones:

1. El "sistema de preferencias y restricciones que permite al agente jerarquizar sus fines" no está determinado científicamente, debe establecerse según criterios estéticos y éticos. El beneficio económico deja de ser el único criterio de jerarquización, para ceder el puesto al beneficio del capital simbólico. Este beneficio no debe definirse en función de un egoísmo primario, sino con arreglo a criterios de solidaridad definidos socialmente. Aquí debería comparecer la teoría de acción comunicativa de Habermas, así como la "estética de la existencia" de Foucault.

2. En "el sistema de teorías y datos sobre la realidad mediante el cual se puede anticipar el resultado de cada una de las acciones posibles" no hay más comentario que recordar que el conocimiento disponible no está universalmente distribuido, ni existe el libre acceso a él. Por tanto, el conocimiento disponible es el que está disponible para que el agente sea dominante o dominado.

3. El "principio regulador, sea un cálculo matemático o no, que permite asegurar que la acción elegida es la óptima de acuerdo con sus fines" no es único, ni está predeterminado. El capital simbólico es poliédrico, por lo que de nuevo hay que dar entrada a la estética y a la ética a la hora de seleccionar el principio regulador de la optimización. No hay determinismo.

4. El "sistema de evaluación capaz de valorar si se ha satisfecho su sistema de preferencias una vez que la acción se ha ejecutado" debe extenderse a todo el proceso y no sólo al resultado final, evitando las disfunciones y efectos no deseados en el momento en que son detectados. La evaluación debe ser social, pudiendo participar no sólo los agentes implicados directamente en el proceso sino todos los afectados por los resultados, es decir, todo el campo. De nuevo habrá que dar paso a la acción comunicativa.

La ejecución de una acción planificada seguirá un curso gobernado por la pericia de cada agente con arreglo a su plan y a su *habitus*, y seguramente se apartará de lo planificado más de lo deseado. La acción planificada es una coerción al *habitus*, pero no lo elimina. No todo ocurrirá de acuerdo con el esquema anterior. Se trata sólo de un esquema para diseñar un plan, no la ejecución de ese plan que, de acuerdo con Bourdieu, puede tener bastante de chapuza, de oficio. El plan es una presión externa al *habitus*, una coerción que pretende que todo el conocimiento, incluido el atesorado por el *habitus,* se ponga al servicio de los deseos de los agentes dominados dando lugar a cambios emancipadores. La acción planificada es un mecanismo de mutación del *habitus* que le permite ser factor de la reproducción a la vez que detonante del cambio.

¿Qué aporta la teoría de la acción planificada a la teoría de campos? A mi entender cancela las deficiencias que señalaba antes. Aporta el instrumento a los dominados para

reclamar y exigir verdadera legitimidad. Esta exigencia empezará por la mirada crítica que lleva a la toma de conciencia. ¡Ojalá que esa mirada crítica ya esté incorporada en el *habitus* de los dominados! Pero si no lo está, una acción planificada puede lograr esa primera meta y las siguientes. El éxito no está garantizado y seguramente se presentarán efectos no previstos y algunos indeseados, pero sin intentarlo no cambiarán las posiciones dominadas.

Y aporta reducir el espacio explicativo que debería ocupar el azar en los cambios de estado de los campos. La acción planificada no aporta por sí sola la explicación de la inmensa mayoría de los cambios, pero unida a la selección de efectos exitosos, a la funcionalidad a posteriori, nos evita tener que acudir al azar en más ocasiones que las necesarias. Trataré de ejemplificarlo en el punto siguiente.

Teoría de la acción y educación

Felices y escolarizados, de R. Cuesta (2005), es un libro importante, necesario diría yo, para todos aquellos que estén comprometidos con el sistema educativo y su futuro. Pese a mis desacuerdos, reúne méritos sobresalientes entre los que quiero resaltar la mirada esclarecedora sobre el sistema educativo, los instrumentos de análisis que aporta y las propuestas didácticas que presenta.

Esa mirada supone un aldabonazo a la conciencia de una progresía bienpensante que asume acríticamente el embeleco de que el sistema educativo es el mecanismo que nos conducirá ineluctablemente por la senda del progreso a un mundo feliz. Pero Cuesta muestra convincentemente que no es así, que nuestro sistema educativo no da lo que promete, porque la función que cumple tiene mucho más que ver con la legitimación del orden social imperante que con la emancipación de sus clientes. En cuanto a los instrumentos de análisis que aporta Cuesta, hay que destacar los *modos de educación* y el *código disciplinar*. Éste es en buena medida la concreción del *habitus* al caso del profesorado. Es un buen instrumento para justificar las continuidades y las resistencias al cambio. Los *modos de educación* se centran en las estructuras y las funciones sin dejarse embaucar por movimientos lampedusianos recurrentes asociados a cambios políticos. Crea un sistema de periodización que perdurará. Al referirme a sus propuestas didácticas diré que se plantean con gran realismo y alto potencial emancipador. Son propuestas dirigidas al profesorado en general, pero, muy especialmente al de CCSS y que se amplían y ejemplifican en *Deberes de la memoria en la educación*.

Los desacuerdos que anunciaba están estrechamente asociados a sus logros y serán analizadas a la luz de la teoría ya expuesta. El aldabonazo a la progresía se salda, a mi parecer, con una sensación de impotencia desmovilizadora. Ello podría evitarse tomando en consideración la ambivalencia de la violencia simbólica trasladada al sistema educativo. Éste cumple actualmente las funciones que Cuesta le atribuye, pero tiene un potencial emancipador que, incluso, está recogido en la legislación que lo consagra, aunque habría que ir más allá elaborando propuestas concretas y realistas que desborden las limitaciones que impone la legislación actual, a cuyo efecto son urgentes estudios que tracen el mapa del espacio de posibilidades del sistema educativo. Esto enlaza con los desacuerdos respecto a las propuestas concretas que se hacen. Cada una de ellas es valiosa en sí misma, pero falta el marco interpretativo que nos muestre dónde estamos, a dónde podemos y queremos ir. Un cuadro interpretativo que anude las necesidades y el deseo. Ese cuadro interpretativo sería el espacio de las posibilidades. En cuanto a los instrumentos teóricos elaborados por Cuesta son muy valiosos para elaborar ese espacio de las posibilidades, pues ponen el foco atinadamente en los cambios estructurales que ha supuesto la transición del modo tradicional-elitista al tecnocrático de masas, así como muestran una de las principales resistencias a esos cambios. Pero creo que habría sido de gran interés analizar la acción planificada que constituye la Ley General de Educación de 1970, que materializa la transición entre esos modos. Analizar sus éxitos y fracasos nos ayudaría a enten-

der la selección funcional de los efectos que van a permanecer y los que no. Este análisis debería estar asociado a los *habitus* de los campos implicados (profesores, alumnos, padres, administración, religioso, político, económico…), así como a su autonomía respectiva.

Bourdieu tampoco dirige una mirada complaciente para con el sistema educativo, haciendo serias advertencias tanto sobre las funciones que cumple por su estructura, como sobre el conocimiento escolar (escolástico lo llama él) que produce, que será aprovechado por los dominantes. Pero, haciendo uso de la ambivalencia de la violencia simbólica, propone una *Realpolitik* de lo universal, de la razón. Se trata de una política que tiene tres ejes: 1) una acción política para "impulsar por doquier y por cualquier medio, el acceso de todos a los instrumentos de producción y consumo de los logros históricos que la lógica de las luchas internas de los campos escolásticos erige en un momento dado"; 2) pertrecharse del bagaje teórico que impida "convertirlos en fetiches –los universales-, así como liberarlos, mediante una crítica implacable, de todo lo que deben únicamente a su función social de legitimación"; 3) "tratar de rehabilitar la razón práctica y subvertir, en las representaciones y los comportamientos, la división entre teoría y práctica" (Bourdieu,1999, pp. 108-109).

La teoría de la acción que se propone debería formar parte de esos saberes metadisciplinares que propone García Pérez (2006) (Figura 2) para el profesorado que le ayudarían a entender el marco global en el que desempeña su tarea profesional.

Pensar el sistema educativo en términos de campos nos ayuda a ver las estructuras, las funciones, las resistencias al cambio que Cuesta nos muestra en *Felices y escolarizados,* así como la capacidad dinámica del campo, de las transformaciones, de las oportunidades que se presentan, de la tenacidad, de la paciencia… de la esperanza. Pero en ese marco de conocimientos que propone García Pérez figuran otros conocimientos más cotidianos que también se beneficiarían de esta teoría. Los conocimientos didácticos y los profesionales relacionados con la vida del centro y del aula también requieren de algún tipo de teoría de la acción. Las acciones planificadas que suponen toda suerte planes, programas y proyectos han de atender a las dinámicas de funcionamiento interno. Comprender los campos que funcionan en el centro ayudaría a esta tarea.

La tarea habitual del profesor tiene que ver fundamentalmente con los *habitus* de los

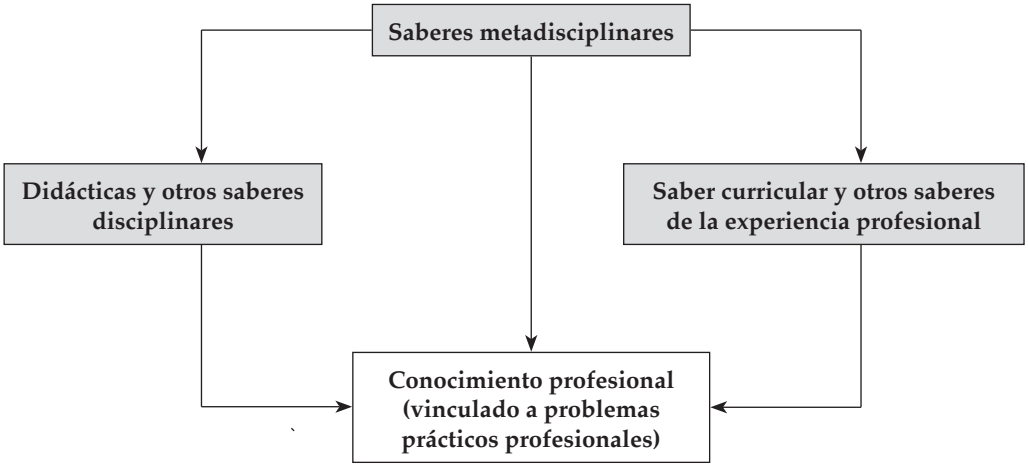

Figura 2: Fuentes del conocimiento profesional docente. Fuente: Porlán y Rivero, 1998; citado por García Pérez, 2006.

alumnos. Concibo la educación emancipadora como aquella que tiene por meta el que cada ser humano sea dueño de sus propios deseos y de los procedimientos para hacerlos realidad en armonía con su entorno. Esta educación ha de cultivar en el alumno las tres dimensiones de la acción –estética, científica y ética-, de modo que interiorice que en toda acción están implicados deseos, conocimientos y valores.

Esta educación pretende la formación de *habitus* emancipados y la capacitación para acciones planificadas emancipadoras. Pero el *habitus* es estructurado por el campo, por tanto tienen más relevancia las estructuras colectivas que modelan la acción que las interacciones bis a bis alumno-profesor. Aprender a pensar en términos de campos nos mostraría panoramas insospechados en las relaciones de aula al percibir mejor la acción infraconsciente, callada y permanente de las rutinas, de los espacios, de ese movimiento recurrente generador de estructuras de pensamiento, las disposiciones del *habitus*.

Algo de esto es lo que echo en falta en la interesante propuesta de Gimeno Lorente (1999) de una didáctica crítico-comunicativa: cómo plasmar en estructuras estables la acción pedagógica que dé como resultados *habitus* que incorporen el sentido crítico y la acción comunicativa. Sobran recelos a conocimientos procedentes de otras plataformas de pensamiento. La Psicología puede rendir grandes servicios al profesorado. Una cosa es poner de manifiesto la importancia de lo colectivo, de lo estructural y otra olvidarnos de que nuestros alumnos son individuos que demandan también atención personal.

Entre otros servicios que puede proporcionar la Psicología está el desvelar la violencia simbólica que anida en cada profesor, como pone de manifiesto el trabajo de A. Broncano publicado en este mismo número de *Con-Ciencia Social*. El profesor no es un agente más en el campo del aula. El profesor es una estructura, una coerción, una fuente normativa. Su situación de poder desborda todas las capacidades del alumno. Junto a las coerciones crono-espaciales, es el intérprete máximo de todas las presiones que ejerce el espacio social. El profesor puede ser consciente de su peculiar posición en el campo escolar o no, en cuyo caso él mismo será víctima de su propia violencia simbólica. Pero, si es consciente de ello, tiene la oportunidad de utilizarlo didácticamente para que los alumnos aprendan a desvelar esa violencia de la que él es el portador. Contribuir de forma transparente a ese desvelamiento es tarea de todo profesor crítico: hacer que la norma – él y sus normas – sea legítima, igual para todos y libremente aceptada. Una didáctica crítica ha de cultivar campos, establecer espacios, donde se creen rutinas conscientes y subconscientes, inculcadas en el *habitus*, y se potencien acciones planificadas creativas y responsables, con capacidad para desvelar la dominación ocultada por la violencia simbólica y de revertir ésta como fuerza liberadora, establecer mecanismos de acción comunicativa… poner los cimientos de la emancipación.

Terminaré haciendo una llamada a la integración de cualquier teoría valiosa, venga de donde venga. Creo que la Biología, Neurociencia, Psicología, Pedagogía, Sociología… deben hacer fuertes aportaciones al conocimiento de las disposiciones, a desvelar la estructura de los campos. No son conocimientos lo que nos sobra, hay un mundo por descubrir y espero que mejor.

REFERENCIAS

ARÓSTEGUI, J. (2001). *La investigación histórica: Teoría y Método*. Barcelona: Crítica.

BOURDIEU, P. (1989). *La noblesse d'État: Grandes écoles et esprit de corp*. Paris: Les Éditions de Minuit.

BOURDIEU, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.

BOURDIEU, P. (1998). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

BOURDIEU, P. (1999). *Meditaciones pascalianas.* Barcelona: Anagrama.

BOURDIEU, P. (2008). *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza.* Madrid: Editorial Popular.

BOURDIEU, P. (2003). *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona: Anagrama.

BOURDIEU, P. (2003). *Las estructuras sociales de la economía*. Barcelona: Anagrama.

BOURDIEU, P. (2008). *El sentido práctico*. Madrid: Siglo XXI.

BOURDIEU, P. (2008). *Homo academicus*. Buenos Aires: Siglo XXI.

CUESTA, R. (2005). *Felices y escolarizados. Crítica de la escuela en la era del capitalismo*. Barcelona: Octaedro-EUB.

CUESTA, R. (2007). *Los deberes de la memoria en la educación*. Barcelona: Octaedro.

GARCÍA PÉREZ, F.F. (2006). Formación del profesorado y realidades educativas: una perspectiva centrada en los problemas prácticos profesionales. En: Escudero J.M. y Gómez A.L. *La formación del profesorado y la mejora de la educación*. Barcelona: Octaedro.

GIMENO LORENTE, P. (1999). La Teoría Crítica de Habermas y la educación: hacia una didáctica crítico-comunicativa. *Con-Ciencia Social*, 3, 13-41.

MARTÍN CRIADO, E. (2004). De *La Reproducción* al campo escolar. En: Alonso, L.E, Martín Criado, E. y Moreno, J.L. *Pierre Bourdieu, las herramientas del sociólogo*. Madrid: Fundamentos.

MOLPECERES, A. (2004). Una propuesta epistemológica para las ciencias sociales. *Con-Ciencia Social*, 8, 111-118.

POPPER, K. (1991). *Conjeturas y refutaciones*. Barcelona: Paidós.

SAUQUILLO J. (2001). *Para leer a Foucault*. Madrid: Alianza Editorial.